

enseñando gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo, que ya habia recibido los sacramentos; en fin, no hizo mision que no fuese señalada con algun prodigio.

Siendo tan inmenso el zelo de nuestro misionero, no podia encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza, ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlies, S. Salvador, S. Pedro de los Macabeos, S. Bonete el Frio, Vourey, Monregard, Montfaucon, Recoules, Marcou, Chambon, Lalovesco, jamás dejarán de publicar los asombrosos trabajos y los maravillosos frutos del zelo de su nuevo Apóstol. En Fai dió vista á dos ciegos; en Marlies libró á un endemoniado; en Monregard convirtió á la religion católica á la célebre madama de Romecin; en Montfaucon espuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondia el fruto á su zelo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al padre general de la Compañía la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la casa profesa de Roma, y es su fecha de 1.º de abril de 1640.

M. R. P. N.—Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido á que la suplica que voy á hacer á V. P. no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me restan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo de experiencia, habiéndolo visto por mis ojos, y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo mas frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. Reverenda para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la mision. El padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplico á V. P. se sirva hacer reflexion á que en los lugares grandes se distribuye el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo se mueren de hambre; por no haber una mano caritativa que los reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido, aunque no sea mas que por consolarme en la repulsa que me dió cuando pedí ir al Canadá. Si la res-

puesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, etc.

Condescendió con gusto el general á estos deseos; y el provincial que se hallaba en Puy, cuando vino la respuesta, tuvo especial complacencia en que el general aprobase aquello mismo que él habia ya permitido. Despues que el siervo de Dios santificó todo el país de Montfaucon, de Recoules y de Verines, publicó para la vigilia de Navidad la mision de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos dias del Adviento, para disponerse á morir con tres ó cuatro dias de ejercicios, porque ya le habia el Señor dado á entender claramente que aquella mision habia de poner fin á sus trabajos. Pasólos el siervo de Dios en íntima comunicacion con su Majestad, sin tratar con persona humana. Ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad, declaró á un padre del colegio de su especial confianza, que sentia ciertos secretos anuncios de su cercana muerte. El tal padre, de cuya boca oyó esta noticia treinta y nueve años ha el autor de esta vida, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella mision; pero Regis le respondió: *Lláname Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya.* Dió fin á sus ejercicios con una confesion general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada mision. El tiempo estaba terrible; el país por donde viajaba era el mas quebrado y mas escarpado del mundo; descaminóse, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse en una choza abierta á todos los aires. Pasó en ella toda la noche, espuesto á un viento frigidísimo y violentísimo. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de una ardentísima calentura, con la cual fué arastrando hasta Lalovesco. Entróse derecho en la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga, abrió la mision, predicando un fervoroso sermón, y despues se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. Suplia el zelo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El dia de Navidad predicó tres sermones; otros tantos el dia siguiente, y confesó cerca de veinte y cuatro horas. Pero cediendo el espíritu á la debilidad, le dió un desmayo. Lleváronle á casa del cura, y no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos que le iban siguiendo desde la iglesia; hasta que repitiéndole otro desmayo fué preciso meterle en la cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los jesuitas de Anonay, distantes solas tres leguas de Lalovesco. Acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico. Declaró éste que en su juicio la enfermedad no tenia remedio, y no se puede explicar el gozo con que oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los sacramentos quiso repetir con el padre Lascombe la con-

fesion general que ocho dias antes habia hecho en Puy. Recibió el Viático y la Estremauncion como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Trajéronle un caldo; no le quiso admitir, diciendo que deseaba sustentarse hasta la muerte como los pobres, y que en lugar de caldo le darian gusto si le administrasen una taza de leche. Suplicó al padre Lascombe que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en un lugar semejante al que Cristo habia escogido para nacer, ya que no podia morir en una cruz como su divino Salvador; pero el padre le respondió, que su extrema debilidad no permitia se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso apresurado en camino, y desde que llegó no se separó un punto de su cabecera, aseguró que todo aquel tiempo le habia pasado el siervo de Dios en continua oracion. La noche del último de diciembre, poco antes de las doce, quiso el Salvador colmar de alegría á su siervo, anticipándole los gustos de la gloria. Apareciéronsele visiblemente Jesus y María. Confortado con esta celestial vision, y no pudiendo contener el gozo, exclamó todo trasportado, mirando al hermano Bideau: *¡ Ah, carísimo hermano mio, y qué dicha es la mia! ¡ qué contento muero! Jesus y Maria se dignan convidarme á la dulce estancia de los bienaventurados.* Un instante despues, juntando las manos, y fijando los ojos en el Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesu-cristo, Salvador mio, yo te encomiendo mi alma, y la pongo en tus manos;* y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador hácia la media noche del mismo dia, año de 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido veinte y cuatro en la Compañía, y los diez últimos empleándolos en las misiones.

Luego que espiró resonaron en todas las montañas vecinas estas palabras: *el Santo murió.* Toda la pompa de sus funerales fueron las lágrimas de los pueblos comarcanos. Disputóse algun tiempo donde se le habia de enterrar. Los padres querian llevar el cuerpo al colegio de Puy ó de Turnon, para restituir á los jesuitas lo que parece era suyo; pero piadosamente amotinados todos aquellos pueblos, protestaron, que nunca sufririan se les despojase de un tesoro con que el cielo los habia regalado. Enterráronle en la iglesia cerca del altar mayor, con la precaucion de dar á la sepultura mas de doce pies de profundidad. Los innumerables milagros que obró Dios, y que está obrando cada dia por su intercesion, hicieron glorioso su sepulcro; y el lugar de Lalovesco, que era una infeliz aldea, es ya un pueblo numeroso y célebre por la concurrencia de peregrinos que acuden á él de las

provincias mas distantes para venerar las cenizas del santo Apóstol. De todas partes recurren á su proteccion, como á remedio seguro contra las enfermedades mas desesperadas; y la feliz experiencia de una infinidad de curaciones milagrosas, que el Santo ha obrado incesantemente desde que acabó el curso de su apostólica vida, enciende cada dia mas y mas la devocion de los fieles en todos los reinos del mundo, y la viva confianza que tienen en su poderosa intercesion. Esto movió al papa Clemente XI, despues de haberse examinado y aprobado judicialmente sus virtudes y milagros, á declararle beato por su breve de 8 de mayo de 1716; señalando el dia 24 del mismo mes para su fiesta, y en el propio dia se celebró en Roma con extraordinaria pompa la solemnidad de su beatificacion.

El dia 31 de setiembre del propio año fué elevado el santo cuerpo por el ilustrísimo señor de Berton de Crillon, arzobispo de Viena, en cuya jurisdiccion está Lalovesco, y espuesto sobre el altar mayor en una caja. Costó dificultad el enterrarle, por el cuidado que se tuvo en ocultarle cuando le enterraron, hasta que en los registros de bautizados, enterrados y casados del señor Bayle, cura de Lalovesco, se encontró una partida donde se espresaba el lugar de la sepultura que se habia dado al santo misionero. Esta partida, copiada auténticamente de dichos registros, dice así:

Este dia último del mes de diciembre del año mil seiscientos y cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el reverendo padre Juan Francisco Regis, jesuita de Puy, donde estuvo malo seis dias, y fué enterrado el dia dos de enero de mil seiscientos y cuarenta y uno en la capilla, y debajo de la campana grande de nuestra iglesia de Lalovesco. Y por ser verdad lo firmé hoy tres del mismo mes y año, etc.

BAYLE, cura.

En esta traslacion se hizo un repartimiento auténtico de algunas de sus reliquias. Consérvase una costilla del Santo en la iglesia de los jesuitas de Puy, otra en la de los de Turnon, otra en la de los de Anonay, y otra en la iglesia del colegio de Viena. En la del colegio grande de Leon se venera una vértebra, ó hueso del espinazo, engastada en un rico busto de plata, y en cada una de las iglesias de los otros dos colegios que tienen los padres en aquella ciudad, se venera otra semejante. Habiendo regalado el señor arzobispo de Viena al colegio de los jesuitas de Aviñon con un hueso del brazo del santo Regis, no se puede esplicar la devocion y la veneracion con que es adorado de los fieles. Ahora mas que nunca honra el Señor á su fiel siervo con la

multitud casi infinita de milagros que obra cada dia por su intercesion. La tierra que se saca de su sepultura, llevada por reliquia, y aplicada á los enfermos, hace una multitud de curaciones milagrosas; confirmándose cada dia mas con nuevos prodigios el poder que tiene el Santo con Dios, como lo reconoció el sumo pontífice Clemente XI, que gobernaba entonces la Iglesia con tanta prudencia y dignidad, en su breve de la beatificación del bienaventurado Juan Francisco Regis, espedido en 8 de mayo de 1716, que dice así:

«El Espíritu Santo nos enseña que se debe tributo de alabanzas á aquellos varones gloriosos, ricos de virtudes, que se hicieron ilustres en sus naciones; esto es, á aquellos santos y escogidos del Señor á quienes plugo la divina Providencia adornar con los dones mas brillantes de sus diferentes gracias. Como entre estos ilustres varones haya querido la misma divina Providencia que resonase en todas partes la gloria del siervo de Dios Juan Francisco Regis, religioso y presbítero de la Compañía de Jesus; el cual revestido de la virtud de lo alto, y llevando el yugo del Señor desde su adolescencia, unió siempre la austeridad de la mortificación al candor de la inocencia, hombre verdaderamente apostólico, cuyo corazón dilató incesantemente el Espíritu Santo, para que se mostrase en todo, como lo hizo, digno ministro del Señor, por mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las estremas angustias, en los golpes, entre los trabajos, por las vigiliass y por los ayunos, por la ciencia, por la mansedumbre, y sobre todo por una caridad sincera para con Dios y para con el prójimo, de la cual vivia maravillosamente abrasado: de ahí es que nosotros faltáramos á las obligaciones del pontificado á cuya dignidad, aunque muy superior á nuestros méritos y á nuestras fuerzas, fué el Señor servido de elevarnos, si no empleáramos la potestad que se nos ha concedido de lo alto en aumentar el culto y la veneracion de este siervo de Dios, para gloria del Señor, para ornamento de la Iglesia católica, y para edificación del pueblo cristiano. Habiendo, pues, examinado y pensado con diligencia y con madurez todos los procesos é informaciones jurídicas, hechas por nuestros venerables hermanos los cardenales de la congregacion de los sagrados Ritos, en orden á la santidad y virtudes heroicas del siervo de Dios Juan Francisco Regis, como tambien de los milagros que se aseguraba haber obrado Dios por su intercesion, y para manifestar á los hombres su santidad... Concedemos... por la autoridad apostólica, y por el tenor de las presentes, que dicho siervo de Dios Juan Francisco Regis sea de hoy en adelante lla-

mado con el nombre de beato; que su cuerpo y sus reliquias sean espuestas á la veneracion de los fieles... Y que cada año el dia 24 de mayo se rece el oficio, y se diga misa de confesor no pontífice; por cuánto el dia 31 de diciembre, en que el siervo de Dios rindió el espíritu á su Criador, y muchos de los siguientes, están ocupados, como se sabe, etc.»

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion que compuso el mismo papa que le beatificó es la siguiente:

O Dios, que adornaste con una admirable caridad, y con una invencible paciencia á tu confesor el bienaventurado Juan Francisco, para que pudiese sufrir tantos trabajos por la salvacion de las almas; concédenos benigno, que enseñados por sus ejemplos, y protegidos con su intercesion, merezcamos el premio de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 31 del Eclesiástico, y la misma que el dia xv, pág. 307.

REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no coloca su esperanza en el dinero, ni en los tesoros. Necesariamente ha de tener poco entendimiento y menos religion el que se apoya sobre fondos tan caducos. ¿Qué mérito dan las riquezas al que no tiene entendimiento ni virtud? Y aunque tenga el primero, si le falta la segunda, ¿de qué le servirá? Una estatua de oro, nunca es mas que una estatua. No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de los ricos. Las honras embelesan, la abundancia atolondra, y el regalo de una vida deliciosa embriaga. Yo, dice el Señor por el Profeta, quise disipar todos esos embelesos, y hacerlos volver de vuestras ilusiones; os hablé cuando todo se os mostraba risueño en medio de vuestra prosperidad y de vuestra abundancia: *Et dixisti non audiam*, y siempre os hicisteis sordos á mi voz. Los dias que llama el mundo felices no son ciertamente dias de conversion; el tiempo de prosperidad no es la sazón mas propia para la penitencia. Los consejos mas saludables, las exhortaciones mas eficaces, las reflexiones mas convincentes hacen poca fuerza á un corazón lleno de tesoros: *Pauperes evangelizantur*. La docilidad á la fe, y el rendimiento á la gracia, no son las virtudes que mas se pueden esperar de los hombres vanos. Una dama profana, y un hombre rico, dejan al pobre*

vulgo el aprecio y el ejercicio de las máximas del Evangelio; las del mundo son mas de su gusto; ¿pero cual será su suerte eterna? ¿tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Mi Dios, y qué poco se conocen las utilidades de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero con todo la condicion de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades. Menos espuestos á los peligros que acompañan á los ricos, son humildes casi de necesidad, y están mas dependientes de Dios, porque viven de su providencia. ¡Oh, y de cuantos estorbos de la salvacion se hallan exentos! Si conocieran bien lo mucho que vale su estado, se tendrían por dichosos en no haber nacido entre los peligros del esplendor y de la abundancia. Las riquezas producen mas espinas que rosas; ni apenas se pueden coger sus flores sin picarse. ¿Quién ignora que la condicion de los pobres fué ennoblecida por la eleccion que hizo de ella Jesucristo? En su mano estuvo nacer y vivir con la mayor opulencia; pero prefirió el estado de pobre. ¿Si sería por ignorancia ó por falta de espíritu? Pero si fué por alta disposicion de su divina sabiduría, ¿serán los pobres los peor librados? ¿y tendrán razon para quejarse del estado que los cupo en suerte?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el día xv, pág. 308.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la caridad en el sentido en que ahora la tomamos, es, hablando propiamente, efecto de una virtud moral y cristiana, que consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades con la limosna, con el consejo y con los buenos oficios. Esta virtud, segun la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y segun la misma doctrina ha de ser el distintivo de todos los cristianos: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis*: La señal por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amais unos á otros. Esta caridad benéfica y liberal tiene siempre abiertas las manos para socorrer al prójimo en sus miserias. Quiso la divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad por el reciproco comercio de asistencia y socorro que mutuamente se dan unos á otros; pero este comercio no es precisamente voluntario

y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligacion indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria, ni á tu mérito: Dios dispuso la diversidad de condiciones; y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó que los socorriesen en ellas á los que proveyó con abundancia de todo; de manera, que favoreciendo á éstos, no se olvidó de aquéllos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á ellos; y si la divina Providencia se los concedió á los ricos, fué con el gravámen y condicion precisa de que los pobres habian de entrar en sus rentas á la parte; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos. Es Dios dueño absoluto y supremo de nuestros bienes; como á tal le debemos tributo; y no queriendo, por decirlo así, recibirle en sus arcas, hace cesión de él en favor de los pobres. El socorrer, pues, á estos, no solo es debido á título de caridad, lo es tambien á título de justicia, porque Dios no te hizo rico precisamente para tí solo, sino juntamente para beneficio de los pobres. ¡Mi Dios, qué poco conocida, y qué poco abrazada es esta verdad! ¡qué poca caridad hay en el mundo! Y siendo esto así, ¿tendrá Jesucristo muchos discípulos verdaderos entre los cristianos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á esto que se llama limosna; es muy ingeniosa y encuentra mil industrias para aliviar á los afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios, ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias mas invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos mas asquerosos, los mas abandonados, tienen por ella no sé qué oculto atractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los mas profundos calabozos. ¿Qué no puede, y qué no hace un zelo animado de la caridad! Pero aun mucho mas escitan su compasion las necesidades espirituales, que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara, con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso zelo, que, por decirlo así, devora á todos los fieles siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que